

RESEÑAS

Diego Barros Arana,
Historia General de Chile.

Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Santiago, 2000.

Recientemente se han vuelto a publicar los primeros tres tomos de la extensa Historia General de Chile, dentro de un proyecto editorial encabezado por el Centro de Investigaciones Diego Barros Arana de la DIBAM, que pondrá al alcance de muchos estudiosos los 16 tomos de esta Historia, más un tomo de índice onomástico. El primer tomo de esta Historia, que es el tema del presente comentario, tiene además un estudio especializado de la vida y obra de Barros Arana, hecho por el historiador Sergio Villalobos.

Mi primera relación con la Historia General de Chile se produjo en la década de 1950, cuando junto a Rolando Mellafe y Sergio Villalobos, estudiábamos Historia en la universidad de Chile, bajo la dirección formadora de Guillermo Feliu Cruz, Juan Gómez Millas, Mario Góngora y Ricardo Krebs. Luego, al especializarme en Arqueología y Prehistoria de Chile, volví a estudiar a Barros Arana especialmente la Parte Primera de su primer tomo, que dedica a los Indígenas de Chile. Como este estudio fue publicado en la década de 1880, lo consideramos fundamental para el conocimiento de los inicios de la Arqueología y Etnografía en Chile. Por esta razón volvemos, en el año 2000, a comentar el valioso aporte del historiador Barros Arana, situándolo en el contexto intelectual y científico de la segunda mitad del siglo XIX.

En esta tercera edición del primer tomo (la primera es de 1884 y la segunda de 1930) el texto sobre los Indígenas ocupa las páginas 15 a 94 y se divide en cinco capítulos: Cap. I: La Cuestión de los Aborígenes; Cap. II: El Territorio chileno, sus antiguos habitantes, los fueguinos; Cap. III: Unidad etnográfica de los indios de Chile, conquista de los Incas; Cap. IV: Estado Social de los indios chilenos: la familia, la tribu, la guerra; Cap. V: Estado Social de los indios chilenos: la industria, la vida moral e intelectual.

Estos cinco capítulos no son el primer texto del historiador que se refiere a la disciplina prehistórica y los indígenas de Chile. En 1875 y en 1879 había escrito en los Anales de la Universidad de Chile y en la Revista Chilena, respectivamente, sobre estas materias; mostrando no sólo un gran interés por la nueva disciplina sino contribuyendo, junto a José Toribio Medina, a una divulgación seria del conocimiento de los ocupantes prehispánicos del territorio chileno, de acuerdo a los datos que se tenían en la segunda mitad del siglo XIX.

En 1875 (Los Anales, tomo XLVII; págs. 5-12) escribió sobre la etnografía de Chile dando a conocer algunas conclusiones, que posteriormente fueron discutidas principalmente por Ricardo E. Latcham, en su Prehistoria de Chile (1928): “La angosta pero larga faja de tierras que se extiende al occidente de la cordillera sólo era poblada por una sola raza señalada por caracteres análogos i por signos exteriores que hacen presumir la identidad de su origen”...”Desde el desierto de Atacama hasta mas allá del Archipiélago de Chiloe, esto es hasta la latitud 44° vivían los indios chilenos, propiamente dichos, todos los cuales tenían costumbres mas o menos análogas i hablaban un mismo idioma el chileno o Araucano”.

Reconocía, sin embargo que los pescadores Changos estaban relacionados con los indios peruanos y que los fueguinos, en el extremo sur, podrían pertenecer a otra rama etnográfica.

El otro artículo publicado en la Revista Chilena (tomo XIII; págs. 465-481) es

una defensa de la importancia de los estudios arqueológicos y prehistóricos y de lo necesario que son para conocer la historia antecolombina.

Este aprecio por los estudios arqueológicos reaparece en su primer tomo y está muy bien expresado por el siguiente texto: “hemos consagrado algunas páginas a la descripción de las costumbres de los indios chilenos no por satisfacer un vano interés de curiosidad, sino por la importancia que este estudio tiene ante la ciencia social. Obedeciendo a un pensamiento profundamente filosófico se trabaja en nuestros días por construir sobre hechos bien estudiados la historia del camino que han seguido las agrupaciones humanas para alcanzar al desarrollo intelectual y moral en que se encuentran las sociedades más adelantadas” (pág. 92).

¿Cuáles son las conclusiones de estos estudios de Barros Arana? En sus bien contruidos capítulos sostiene en primer lugar la remota existencia del hombre salvaje (de la edad de piedra) en el suelo americano (págs. 15-18). Luego hace una segunda afirmación: que la más antigua civilización es de origen exclusivamente americano. Para el caso peruano defiende las conclusiones de Prescott, de Mitre, de Tshudi, etc., de que las ruinas de Tiahuanaco y otras son anteriores a los Incas. Este origen americano le permite defender la hipótesis que las lenguas americanas parecen igualmente formadas en este continente (págs. 18-27).

Por cierto que quedan incógnitas sobre el origen de los americanos y las secuencias de los desarrollos culturales y civilizadores de América. También es cierto que los datos que maneja Barros Arana están interpretados de acuerdo a la Teoría Evolucionista que primaba en la segunda mitad del siglo XIX. Sus conceptos de progreso, de desarrollo de avance civilizador, lo hacen muchas veces, escribir frases, que a nosotros nos parecen injustas, sobre la situación cultural y ética de los aborígenes de Chile. Sin embargo, las conclusiones que hemos resumido de su capítulo primero, en términos muy generales, se sostienen en el presente (antigüedad del hombre americano y desarrollo indígena de la civilización en América).

En el capítulo II hay buenos ejemplos de las ideas filosóficas y teorías científicas de Barros Arana. Bastará solo una cita para conocer el contexto ideológico de Barros Arana. “Así pues, los antiguos pobladores de este país, inhábiles para procurarse los recursos que proporciona la civilización por imperfecta que sea, incapaces de vencer las dificultades que a su desarrollo oponían las condiciones climatológicas del territorio, vivían repartidos según las leyes impuestas por las condiciones del mundo exterior. En la región del norte sólo se hallaban pequeñas tribus aisladas, establecidas a las orillas de los escasos riachuelos que bajaban de la montaña. En el centro, las agrupaciones eran considerables, ocupaban los bosques, muy abundantes entonces, y habitaban cerca de los ríos y de las vertientes que se hallaban a cortas distancias. La región del sur, menos hospitalaria por su clima, les ofrecía, en cambio la ventaja de mayor uniformidad de la temperatura, es decir estaciones menos pronunciadas, abundancia de agua por todas partes y de algunos alimentos, entre otros el fruto del pehuen o piñón (la araucaria imbricata de Ruiz y Pavón), aparte de la afluencia de peces y de mariscos en los ríos y en la costa. Allí la población se había agrupado en mucho mayor número; y la vida salvaje, sin influencia conocida exterior, había alcanzado cierta regularidad. En la región insular, sometidos a un clima más frío e inclemente los naturales vivían en este estado de barbarie primitiva en que el hombre por sus instintos groseros, por su estupidez y su pereza apenas se distingue de los brutos” (pág. 36). Siguiendo a Fitz Roy, a Darwin, y a otros viajeros y navegantes escribe que “los fueguinos tienen el

triste honor de ocupar el rango más bajo en la escala de la civilización (pág. 46). Sin embargo en estas paginas del capítulo II, Barros Arana cita al profesor Virchow, quien en 1881, con motivo de una exhibición que se haría en Berlín de algunos aborígenes de la Tierra del Fuego, defendió la presencia de algunas aptitudes intelectuales de ellos.

Como sabemos, en los primeros decenios del siglo XX, Martin Gusinde y otros etnólogos hicieron justicia a estos aborígenes, tanto en los aspectos sociales, éticos y espirituales.

En el capítulo III se encuentran algunas conclusiones que han sido enérgicamente rechazadas primero por Ricardo E. Latcham y luego por la gran mayoría de los especialistas.

Como ya lo hemos adelantado, para Barros Arana los indios de Chile son los que están situados desde Copiapó hasta Chiloé y son los que forman una sola familia. Ellos tenían los mismos rasgos fisionómicos y hablaban un idioma único. En esto Barros Arana seguía al padre jesuita Luis de Valdivia, quien en 1606, había escrito la primera gramática de la lengua que se hablaba en el Reino de Chile. Nosotros, incluso, podemos agregar que el cronista Jerónimo de Vivar, hacia 1558, afirmaba que la lengua de los aborígenes del sur del río Itata era la misma de los de la comarca de Santiago (Mapochinos); a su vez estos hablaban la misma lengua de los del valle de Aconcagua (valle de Chile). Entonces, según la información de Vivar, tendríamos un área lingüística más restringida que la señalada por Valdivia y posteriormente por nuestro historiador, pero de todos modos bastante extensa: desde el Choapa hasta Chiloé. Pero como lo hemos escrito (véase la Crónica de Geronimo de Bibar, Santiago, 1988), los estudios de antropología física como los de lingüística no favorecen la unidad etnográfica y antropológica de los aborígenes de Chile. Sabemos en el presente, por los estudios de muchos arqueólogos y antropólogos, que hay diferentes desarrollos culturales, hay diferentes sociedades y por lo tanto diversas poblaciones indígenas.

La otra tesis de Barros Arana que molestó profundamente a Latcham, y con razón científica, fue la afirmación de que los aborígenes de Chile vivían en un estado de salvajismo y barbarie que sólo cambió gracias a la influencia cultural que produjo la conquista incásica (entre 1450 y 1536) (pág. 60-64).

Los capítulos IV y V de su Historia dan a conocer, entonces, las costumbres e industrias de los indios chilenos profundamente modificadas por los Incas, incluso en las regiones del Sur del río Bío-bío en donde “la antigua barbarie se modificó ligeramente y aquella débil luz de civilización penetró poco a poco a los lugares hasta donde no llegaron los conquistadores”. Estos dos capítulos resumen los datos escritos por los padres Alonso de Ovalle y, especialmente, Diego Rosales, por los maestros de campo Alonso González de Nájera, Miguel de Olaverria, Francisco Nuñez de Pineda y Bascuñán, los padres Miguel de Olivares e Ignacio Molina y por el naturalista Ignacio Domeyko.

Sin embargo, dos años antes que Barros Arana publicase su primer tomo de la Historia General de Chile, otro estudioso, José Toribio Medina había publicado su libro “Los Aborígenes de Chile” en donde le dedica una gran cantidad de páginas, más de cuatrocientas, al tema tratado por el historiador. El profesor Barros Arana reconoció en la nota final de su estudio que el libro de Medina es “mucho más completo y noticioso” y que revela “un estudio serio del asunto y que abre el camino a los trabajos de esta clase” (pág. 94).

Para concluir hay que reconocer que algunas tesis de Barros Arana están absolutamente superadas, lo que no debe extrañarnos: pero más que esta realidad deseamos

enfaticar que el interés que tenía Diego Barros Arana por la Arqueología de la Prehistoria de Chile fue fundamental para alentar los primeros estudios científicos que se hicieron en las últimas décadas del siglo XIX. También merece ser recordada su defensa de la antigüedad del primer poblamiento de América y del desarrollo indígena de las primeras civilizaciones americanas. Igualmente el uso que hizo de la teoría Darwinista, de los conceptos de Progreso y Desarrollo, de Salvajismo, Barbarie y Civilización, de la sobrevalorización del clima y las condiciones orográficas del territorio para explicar la organización social y cultural de los indígenas, y su preocupación exagerada por el tema del origen y unidad racial de los aborígenes, pertenecen al contexto intelectual y científico de la segunda mitad del siglo XIX. El texto que hemos comentado muestra a un estudioso chileno que conoce muy bien las diferentes teorías, hipótesis y corrientes filosóficas que se discuten en Europa y Estados Unidos.

Leer de nuevo a Barros Arana es aconsejable no sólo para los investigadores de la historia de las ciencias sociales, sino, en especial, para los jóvenes que estudian estas disciplinas en nuestras universidades. El conocimiento de los antecedentes de las investigaciones históricas, antropológicas y arqueológicas siguen siendo una labor inacabable.

MARIO ORELLANA RODRÍGUEZ